

La percepción de riesgo, una base necesaria para la gestión exitosa de las vulnerabilidades

Emma Lorena Iglesias Mancera¹

María Esperanza Jaramillo Ayala ²

Enrique Armas Arevalos³

Resumen

Los riesgos catastróficos y los peligros inminentes son el resultado de la actividad antropogénica. La pandemia de COVID dejó expuestas las vulnerabilidades de salud en la población y la falta de percepción de riesgo ante situaciones adversas. Oleadas consecutivas de contagios masivos, mutación del virus, comorbilidades y secuelas graves de la enfermedad, padecimientos debilitantes y falta de resiliencia para enfrentar las vulnerabilidades generan costos que van más allá de la atención médica. El objetivo de este ensayo de divulgación es reflexionar sobre la gestión de un riesgo materializado en marzo de 2020 en Michoacán, la pandemia por COVID-19, y esbozar una propuesta sobre la necesidad de formar referentes para la percepción del riesgo, destinados a enfrentar los peligros presentes y las amenazas persistentes en la sociedad michoacana, como son las sucesivas olas de contagios por COVID-19. La percepción del riesgo y las capacidades socioemocionales permiten gestionar los peligros y mitigar los impactos causados por una pandemia como COVID-19, generando herramientas que permitan gestionar las emociones, el estrés y el miedo a la incertidumbre. Es necesario aprender a convivir con pandemias ya que la era antropogénica y el calentamiento global auguran nuevas enfermedades y desafíos para a humanidad.

Al fomentar la formación de referentes para la percepción del riesgo, los ciudadanos aprenden a mantenerse atentos, asertivos al cuidar a los más vulnerables, gestionando las emociones que les permitan afrontar los riesgos ocasionados por las sucesivas oleadas de contagios. Desde las organizaciones gubernamentales y autoridades sanitarias, se requieren acciones concertadas que promuevan la participación proactiva de ciudadanos en talleres, encuentros, campañas, mesas de trabajo y eventos culturales masivos, que formen referentes para el autocuidado, la percepción del riesgo y las capacidades emocionales ante la incertidumbre. El futuro de la humanidad depende de acciones urgentes y coordinadas en las distintas jerarquías y dimensiones del sistema político, económico y social, a nivel global, regional, nacional y local.

Conceptos clave: Palabras clave: percepción del riesgo, COVID-19, resiliencia, vulnerabilidades.

¹ Doctora en Ciencias para la Conservación del Patrimonio Paisajístico. Investigadora independiente, emmaflash@gmail.com

² Maestra en Administración Pública, alumna de doctorado del Instituto de Investigaciones Económicas y Empresariales de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, maria.jaramillo@umich.mx

³ Doctor en Negocios Internacionales, profesor e investigador del Instituto de Investigaciones Económicas y Empresariales de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, enrique.armas@umich.mx

Introducción

Al inicio de la segunda década del siglo XXI, entendemos que, como especie dominante del planeta, somos responsables de graves amenazas para la salud y la sobrevivencia de la misma humanidad. El concepto de riesgo asociado al peligro que algunas prácticas antropogénicas y fenómenos naturales representan para la vida y la sociedad humana cobró importancia en los últimos años y es abordado en los estudios desde diferentes disciplinas científicas. Los medios de comunicación alertan sobre diversos problemas que enfrentamos como humanidad y, fenómenos que, anteriormente percibidos como lejanos o poco probables, se materializan en el entorno inmediato.

Los efectos sobre la salud y la vida social de las personas provocadas por el calor extremo del verano 2022, son noticia en Europa y en México. Las imágenes satelitales, comparando la abundancia de agua de años anteriores, nos muestran regiones completas, embalses y presas impactadas por la sequía, al norte de México o en zonas de Europa Mediterránea. La información en medios reza sobre el efecto invernadero y el aumento de los niveles del mar, o peligros más puntuales como la drástica disminución de los polinizadores, la degradación irreversible de los recursos naturales indispensables para la vida, y las epidemias globales recurrentes. La rutina no permite reflexionar sobre estos riesgos que, de ocurrir, amenazan la vida humana en el planeta Tierra.

La era del Antropoceno es un proceso inédito de la historia caracterizada por el carácter antrópico de los cambios significativos sobre la superficie terrestre; el cambio climático y los problemas ambientales, aumento de las desigualdades sociales y económicas, las pandemias persistentes como COVID-19, son algunos de los peligros provocados por la actividad humana que alcanzan dimensiones planetarias. Medidas urgentes son requeridas para aliviar la presión sobre el planeta que habitamos, como reducir las emisiones de gases de efecto invernadero, desacelerar ciertos sectores de la economía y transformar la cultura del consumo, entre otras (PNUD, 2020).

Durante la contingencia social provocada por el aumento en los contagios de COVID-19, en marzo de 2020 el estilo de vida urbano cambió radicalmente en unas pocas horas. La suspensión de todas las actividades presenciales no urgentes transformó el espacio físico habitual de muchísimos trabajadores y estudiantes, y suspendió el habitual e intenso intercambio social cotidiano de las ciudades. En Michoacán, como en otras partes del mundo, los habitantes de los centros urbanos encontraron la manera de adaptarse a una nueva realidad inmediata y fueron objeto de malestares surgidos por la incertidumbre y el desconocimiento de una nueva enfermedad, el miedo a contagiar y ser contagiado, y la sobreinformación diaria disponible sobre medios de contagios, cifras de enfermos, fallecidos, y datos sobre focos de infección.

En un pestañeo, el espacio social habitual se transformó de una manera que no habíamos conocido antes, la realidad nos enfrentó al miedo, expuso los riesgos y amenazas, y desnudó las vulnerabilidades del sistema socio-económico y cultural. Al comenzar el segundo semestre de 2022, la sociedad continúa expuesta a la ola de contagios de variantes del virus COVID-19, los medios de comunicación dan la voz de alarma por el aumento constante de personas contagiadas y fallecidas, los padecimientos persistentes y las secuelas que la enfermedad provoca en los más vulnerables, mientras se diluyen y olvidan

las medidas de cuidado y prevención adoptadas hace un año, como mantener la sana distancia, el uso de cubrebocas y el lavado recurrente de manos.

Los costos financieros y sociales de la persistencia de COVID-19 en Michoacán impactan en la productividad, la salud y la economía familiares. Los riesgos se multiplican de manera proporcional a las vulnerabilidades sociales, económicas o de salud. Fortalecer la respuesta hacia las amenazas provocadas por las nuevas oleadas de un virus mutante y reforzar la resiliencia, al disminuir la incidencia de contagios por COVID-19 y reducir las secuelas permanentes de la enfermedad, exigen una población con referentes para la percepción de riesgo plenamente formados e incorporados, ciudadanos conscientes que son las acciones individuales y colectivas que protegen a los miembros más vulnerables de la sociedad.

El objetivo de este estudio exploratorio y descriptivo es reflexionar sobre la gestión de un riesgo materializado en marzo de 2020 en Michoacán, la pandemia por COVID-19, y esbozar una propuesta sobre la necesidad de formar referentes para la percepción del riesgo, destinados a enfrentar los peligros presentes y las amenazas persistentes en la sociedad michoacana, como son las sucesivas olas de contagios por COVID-19. Para la realización de este ensayo, se realizó una revisión bibliográfica exhaustiva sobre el tema. Se realizaron fichas de lectura y se completó una base de datos electrónica. Se analizó la información seleccionada y se procedió a la redacción del primer borrador de acuerdo con una estructura temática previamente definida.

De la paranoia social a la indiferencia mortal

El más reciente informe de Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (2020) señala que el Antropoceno no tiene precedentes y muestra que las dinámicas sociales generan desequilibrios planetarios. Estas enormes transformaciones son provocadas por el aumento en los niveles de captación de energía y a bruscos cambios en los ciclos de los materiales geológicos; esas transiciones también desestabilizaron los ciclos geoquímicos de la Tierra (PNUD, 2020).

La presión de la actividad antropogénica que desestabiliza la capacidad planetaria para regenerar los recursos naturales, influye asimismo sobre las causas de fondo -o causas subyacentes- conformado por un conjunto de procesos socioeconómicos extensos, bien establecidos en la dinámica capitalista de alcance global. Estas causas de fondo son las que originan la vulnerabilidad y reproducen los factores que la provocan; refieren a procesos económicos, demográficos y políticos que afectan la disposición y distribución de recursos entre diferentes grupos sociales (Blaikie et. al., 1996).

El concepto de riesgo se asocia a los sucesos o fenómenos naturales y antropogénicos que impactan significativamente en la sociedad, de manera que el peligro que presentan estos fenómenos potencia la vulnerabilidad de las comunidades o sociedades que los padecen y enfrentan. En otras palabras, el riesgo asociado al peligro incluye la probabilidad de ocurrencia y la valoración humana de los efectos nocivos de las amenazas. Sin embargo, el riesgo solo puede ser definido a partir de datos adecuados para el cálculo de probabilidades cuantitativas y cualitativas—de ocurrencia del peligro y los daños a futuro- ante la incertidumbre (Rojas y Martínez, 2011).

La probabilidad es al riesgo, lo que el desastre o la catástrofe es a la materialización del riesgo. Las acciones y medidas asumidas para reducir las amenazas se denomina gestión o manejo del riesgo; los factores de riesgo, por otra parte, son aquellos que provocan daños de distinta magnitud: peligrosidad, exposición y vulnerabilidad (Rojas y Martínez, 2011). Ante pandemias globales- como COVID-19-, la vulnerabilidad se expresa en las amenazas y las condiciones inseguras de vida y trabajo, ya que es un proceso para determinar la predisposición a las pérdidas o daños ante un peligro específico. La vulnerabilidad se relaciona con los peligros y se asocia a la susceptibilidad de las personas, comunidades o sociedad ante la amenaza de riesgos catastróficos naturales o antropogénicos. Ante las amenazas, la vulnerabilidad tiene tres dimensiones: económica, social y ecológica, y está asociada a la imposibilidad de recuperación y resiliencia del sistema humano al medio que lo rodea. La configuración de la vulnerabilidad de una comunidad, grupo humano o sociedad incluye las condiciones objetivas y subjetivas de su existencia, determinadas histórica y geográficamente, y protagonizadas por sujetos colectivos concretos, que provocan, promueven u originan la predisposición ante las amenazas (Rojas y Martínez, 2011).

Las desigualdades en la distribución del poder económico y político en la sociedad se manifiestan en aquel sector de la población que es considerada marginal o marginada. Las presiones dinámicas traducen los efectos de las causas de fondo en vulnerabilidad de condiciones inseguras (Blaikie et al., 1996); sumado a esto, la falta de capacidad de las personas para sobrevivir a trastornos de su sistema de subsistencia se relaciona con la vulnerabilidad, mientras que las condiciones de alimentación y salud son importantes para su "resiliencia" frente a un impacto externo. Es importante considerar que la distribución de edades de una población también influye en la vulnerabilidad ya que los niños y los ancianos endebles sufren más durante trastornos del sistema de subsistencia. La sinergia entre enfermedades crónicas y desnutrición o malnutrición es una manera en que las presiones dinámicas canalizan las causas de fondo en condiciones inseguras: las poblaciones crónicamente desnutridas y enfermas resisten menos a condiciones adversas, además son más propensos a infecciones comunes que la población saludable y bien nutrida (Blaikie et al., 1996).

Por otra parte, el miedo es una reacción natural y es una emoción inevitable y muchas veces, necesaria para la supervivencia. Como señal de alarma, el miedo es un aviso ante los peligros y forzando en el cuerpo una sensación de alerta ante la incertidumbre y el peligro. Durante el periodo de contingencia por COVID-19, varios factores desencadenaron miedo y estrés en la población con distintas consecuencias psicológicas y emocionales. La sobreinformación sobre el aumento de enfermos y fallecidos, el temor a infectarse y el desconocimiento hacia la evolución del virus, desencadenaron somatizaciones de los miedos y trastornos de ansiedad, depresión y el consumo de alcohol tabaco y otras drogas. Sin preparativos ni planificación, las acciones reactivas de las organizaciones gubernamentales y de salud evidenciaron la urgencia por vacunas y medicamentos, lo que alimentó la paranoia social y los aspectos de malestar emocional de las personas (Núñez et. al., 2020).

La epidemia de COVID-19 es una urgencia sanitaria que representa una amenaza grave y un riesgo materializado que atenta contra la salud y la vida de las personas, el miedo al contagio agravó la situación de emergencia. La seguridad y funcionamiento normal de la comunidad quedaron suspendidos y la interrelación entre individuos y sociedad fueron interrumpidos en muchos sentidos, lo que ocasionó un desequilibrio en las emociones y un aumento de los trastornos psicológicos de las personas. El cambio en los patrones de comportamiento fue necesario para aprender tareas de prevención del contagio y asumir actitudes de autocuidado y protección con el grupo familiar; en este sentido, la formación de referentes para la percepción del riesgo contribuyó a reducir la infelicidad, la incertidumbre, el estrés y el miedo irracional. “El impacto psicosocial puede exceder la capacidad de manejo de la población afectada; se estima un incremento de la incidencia de trastornos mentales y malestares emocionales, de acuerdo con la magnitud de la epidemia y el grado de vulnerabilidad de la población.” (Núñez et. al., 2020: 3)

Especialistas en Estados Unidos están analizando el impacto de la pandemia de COVID-19 en la fuerza laboral de un sistema económico en crisis. La cantidad de personas con síntomas posteriores a la enfermedad de COVID-19, que intentan reintegrarse sin éxito a la rutina laboral, enfrenta a los empleadores a una situación económica apremiante: la fragilidad de la economía nacional y la fragilidad de la salud post-covid, que, desde hace más de un año, muestra puestos vacantes y desempleados marginados de la vida laboral (Hsu, 2022).

El COVID-19 largo se denomina al conjunto de síntomas persistentes que no son posibles de superar para muchas personas que se contagiaron y atravesaron la enfermedad y que pueden incluir cansancio extremo, problemas digestivos y estomacales, migrañas, taquicardia y dolores persistentes en el cuerpo, fiebres repentinas y problemas respiratorios. La carencia de una recuperación satisfactoria inhibe el regreso de los trabajadores a sus tareas y las estimaciones contemplan más de 4 millones de trabajadores de tiempo completo sin ser capaces de regresar, casi 2.4% de la población económicamente activa de Estados Unidos (Hsu, 2022).

En México, el aumento de contagios sucede al mismo tiempo que aumenta la cantidad de personas vacunadas y protegidas contra infecciones más severas, aunque se contagien nuevamente de COVID-19. Sin embargo, variantes de la misma enfermedad, como Omicrón, que causa una enfermedad menos grave, presentan el riesgo latente de mayores contagios que, eventualmente, lleven a la saturación de centros de atención médica. Es necesario mencionar que muchas personas, vulneradas en su salud o con padecimientos previos, sufren más síntomas y mayores malestares que dejan secuelas en el mediano -desde seis meses- y largo plazo o permanentes; estos padecimientos van desde insomnio y angustia, hasta problemas respiratorios y cardíacos (Castillo, 2022).

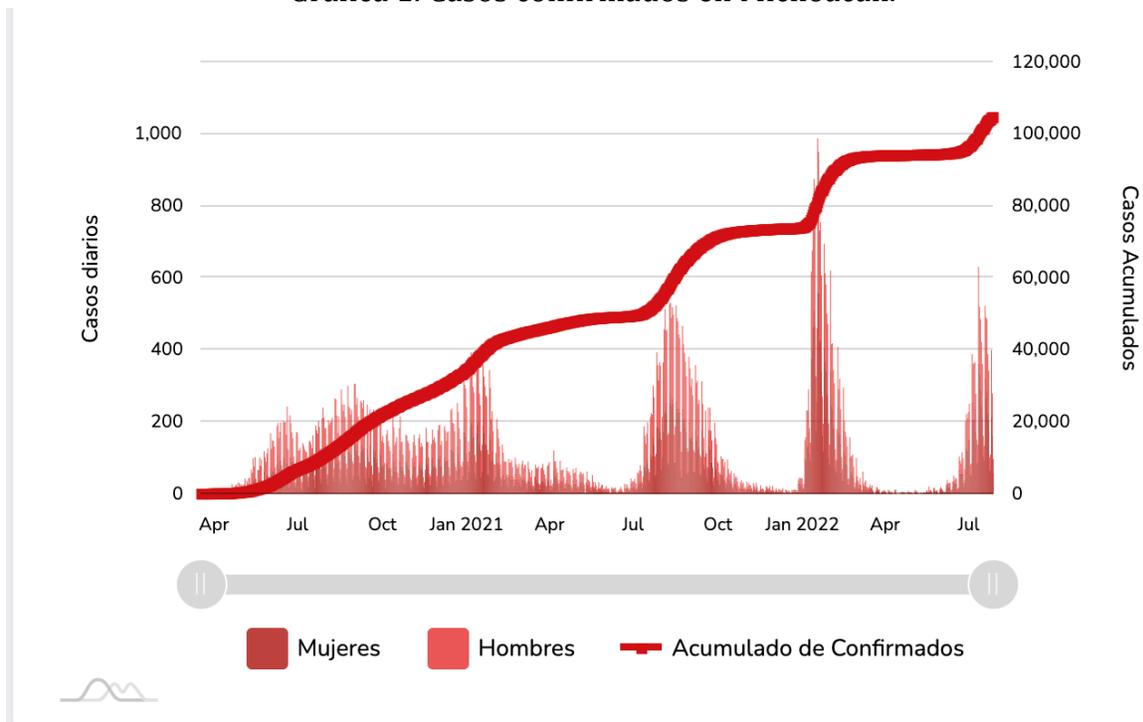
Las comorbilidades o la edad avanzada pueden agravar el contagio por coronavirus; y a diferencia de una gripe o un resfriado común, muchos pacientes presentan problemas de saturación de oxígeno que exigen la administración con tanques o la internación en un hospital para el seguimiento médico permanente de la evolución de la enfermedad. Este tipo de situaciones agravan los riesgos de recuperación, disparan los costos monetarios de enfrentar la enfermedad y reducen las posibilidades de superarla con éxito (Castillo, 2022).

En este contexto, no existen planes gubernamentales de contingencia para el desempleo por COVID-19 o datos confiables que registren los padecimientos permanentes causados por la persistencia de la enfermedad. Superados en capacidad y competencia, los centros médicos de Michoacán y el personal de salud padecen los mismos síntomas de crisis institucional contagiados a todas las regiones de México.

COVID-19 en Michoacán

De acuerdo con los datos más actualizados de la Secretaría de Salud en Michoacán, los registros indican un avance de vacunación contra COVID-19 de 90.27 %, equivalente a la aplicación de casi 7 millones de dosis y casi 3 millones de esquemas de vacunación completos. El grupo de edad que mayor registro de vacunación presenta es entre los 18 y 29 años, las personas mayores de la tercera edad y los mayores de 39 años son los grupos que registran altos índices de vacunación. Asimismo, hace pocas semanas inició la inmunización de niños entre 5 y 11 años en los distintos municipios michoacanos (Secretaría de Salud de Michoacán, 2022).

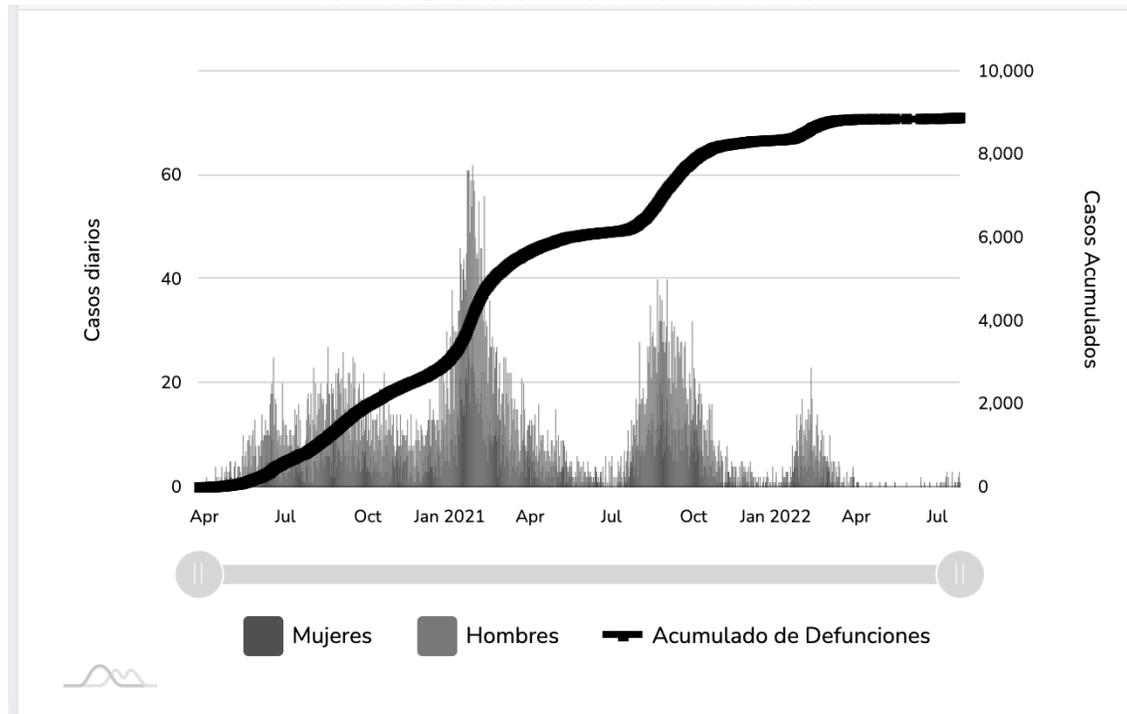
Gráfica 1. Casos confirmados en Michoacán.



Fuente: Dirección General de Epidemiología, 2022.

La gráfica de Casos Confirmados muestra que entre abril de 2020, cuando comenzaron a registrarse casos de enfermos por COVID-19, hasta julio de 2022, fecha de los más recientes registros, la cantidad de contagios confirmados nunca dejó de crecer y, a la fecha, el acumulado de casos supera las 100 mil personas contagiadas por COVID-19.

Gráfica 2. Defunciones en Michoacán.

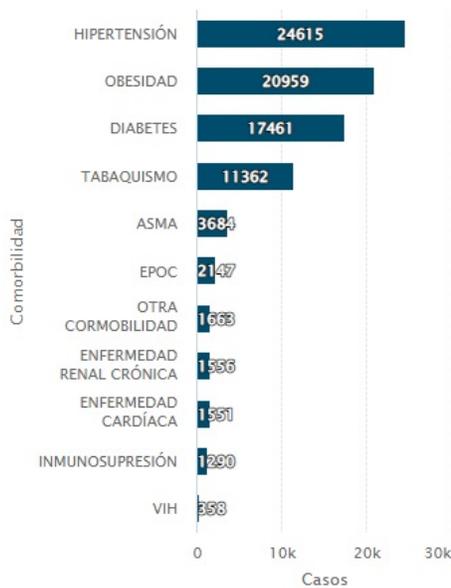


Fuente: Dirección General de Epidemiología, 2022.

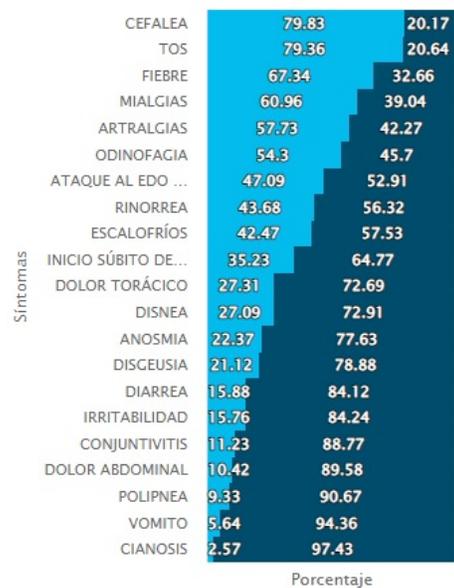
La gráfica de Defunciones muestra la cantidad de personas fallecidas por causa de COVID-19 en el estado de Michoacán de Ocampo entre abril de 2020 y julio de 2022.

Tabla 1. Comorbilidades Michoacán.

Comorbilidades en casos confirmados



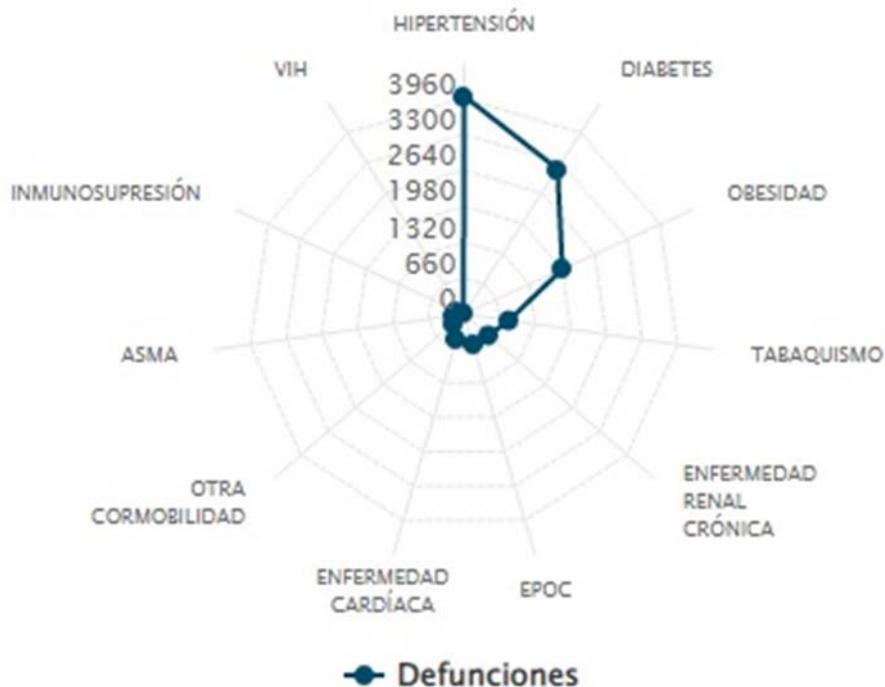
Frecuencia de los síntomas en casos confirmados



Fuente: Secretaría de Salud Michoacán, 2022.

Las tablas (Secretaría de Salud, 2022) de Comorbilidades en casos confirmados y Comorbilidades en defunciones muestran los padecimientos previos que vulneran más la salud de los pacientes contagiados por COVID-19; destacan hipertensión, obesidad, diabetes y tabaquismo. Problemas respiratorios como asma y epoc son otras de las comorbilidades importantes que inciden en la gravedad de los contagios por COVID-19. Por su parte, la tabla de frecuencia de los síntomas en casos confirmados muestra la amplia variedad de síntomas que pueden presentarse cuando las personas se contagian de COVID-19, e indica que la enfermedad no se manifiesta igual en todas las personas y que sus propias comorbilidades y vulnerabilidades pueden potenciar la gravedad del contagio por COVID-19.

Tabla 2. Comorbilidades en defunciones Michoacán.



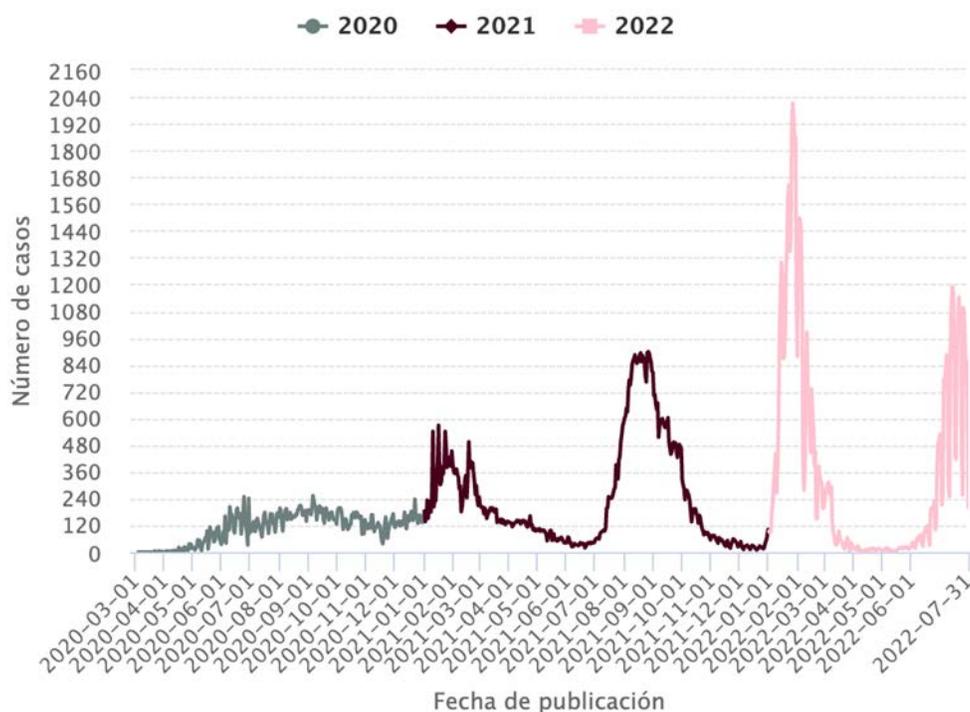
Fuente: Secretaría de Salud Michoacán, 2022.

La gráfica muestra las diferentes oleadas de contagios de COVID que impactaron Michoacán entre abril de 2020 y julio de 2022. El número de contagiados aumentó en cada ocasión y, ante cada nueva oleada, se presentan aumentos exagerados en la cantidad de personas contagiadas -excepto en la última oleada registrada durante este mes-, aun cuando también aumenta la cantidad de personas vacunadas en todos los rangos de edad.

La pandemia de COVID-19 evidenció la falta de tratamientos específicos para contrarrestar el virus y la falta de vacunas durante un tiempo considerable; además, por las características de la transmisión del virus y su alta mutabilidad, surgió la necesidad de implementar y comunicar de manera constante medidas de prevención personal-social para controlar la propagación de los contagios: el lavado frecuente de manos, el uso de gel

antibacterial, la limpieza constante de superficies, el distanciamiento social y la ventilación adecuada de espacios cerrados, el uso de cubrebocas y otras medidas. La voluntad y actitud de los ciudadanos fue fundamental en el éxito de la adopción e implementación de las medidas de prevención y la formación de referentes para la percepción del riesgo contribuyeron a la identificación y a la participación activa en la adopción de las medidas preventivas (Pérez y Cavazos, 2021).

Gráfica 3. Confirmado Covid-19 en Michoacán.



Fuente: Secretaría de Salud Michoacán, 2022.

La formación de la percepción del riesgo

La actitud y la creencia son conceptos íntimamente unidos a la percepción de riesgo, que es un proceso cognitivo que se fundamenta en la información recibida y un nivel cultural que determinará el valor de esta información y el comportamiento derivado de la percepción subjetiva del contexto. La percepción del riesgo es un producto complejo que incide en la participación de la población en la prevención, planificación, respuesta y recuperación ante una emergencia de salud, y permite determinar las dimensiones de la amenaza o riesgo y valorar su importancia relativa. Las creencias, la opinión pública, la información disponible y otros factores inciden en la construcción de la percepción social del riesgo, que supera las relaciones de probabilidad y los datos duros para la previsión de consecuencias. La incidencia de los medios de comunicación, las creencias dominantes y el imaginario colectivo, las decisiones de política pública y las tendencias de opinión son

factores que condicionan la percepción social del riesgo, y muchas veces tienen mayor importancia en la formación o no de la percepción del riesgo que la investigación científica basada en datos objetivos (Stanojlovic, 2015).

El riesgo y la percepción, van de la mano y representan un estado particular entre el extremo del peligro o la amenaza de destrucción y el extremo opuesto de la seguridad y la certidumbre. Sin embargo, el riesgo en sí mismo, como un fenómeno (natural o antropogénico) es distinto a la percepción, que es una categoría subjetiva del ser humano. La percepción del riesgo es un constructo social, con elementos objetivos y subjetivos, que se presenta como una realidad de acciones cotidianas de ciudadanos conscientes y responsables. La percepción que el sujeto social forme sobre la amenaza, determinará la actitud y las acciones que se adoptarán. El sistema de medios de comunicación y su influencia en la opinión pública son capaces de condicionar la percepción cultural y generar significados en temas específicos para acercarlos a la experiencia cotidiana del público destinatario de los mensajes (Baquerin y Scaricabarozzi, 2013).

Las competencias socio-emocionales de los ciudadanos son sus recursos para hacer frente a situaciones inesperadas y adversas como es una pandemia global por COVID-19. El miedo, los pensamientos catastróficos, los estados de ansiedad, depresión y estrés representan la falta de capacidad de adaptación y tienden a agravar la situación adversa. Las competencias socioemocionales de los sujetos incluyen identificar, interpretar, argumentar y resolver problemas al integrar valores, conocimientos y habilidades para actuar frente a la realidad. La inteligencia emocional y las habilidades socioemocionales son valiosas herramientas que permiten un mayor nivel de adaptación personal, familiar, y profesional (Núñez *et. al.*, 2020).

La investigación de Núñez y su equipo (2020) destaca la existencia en México de la percepción sobre la pandemia del COVID-19 asociada con la preocupación y el pensamiento catastrófico, que se relaciona directamente con el malestar emocional y la necesidad de realizar compras innecesarias. El miedo ante la catástrofe y la incertidumbre provocada por estar expuesto a una nueva enfermedad determinan decisiones que anticipan escenarios caóticos en el corto plazo. La relación entre malestar emocional y creencias de sanación cobra sentido ante un escenario de epidemia, en la que, ante la ausencia de planificación, el imaginario social encuentra sus propias respuestas frente a la paranoia social, las amenazas reales a la vida y el temor al contagio (Núñez *et. al.*, 2020).

Las capacidades socioemocionales sustentan una serie de estrategias para enfrentar las situaciones de contingencia, a partir de la percepción social de preocupación y el malestar experimentado permitan construir, junto a los ciudadanos y la población en general, factores y herramientas cognitivas de protección, que encaucen las emociones, regulen la atención, controlen el entorno inmediato y encuentren acontecimientos relevantes para la adaptación y mantengan en alerta a la conciencia. Las organizaciones gubernamentales y las autoridades sanitarias deben tomar la iniciativa respecto a la formación de capacidades socio-emocionales, como parte de la planificación de acciones y la mitigación de las vulnerabilidades. (Núñez *et. al.*, 2020).

“Las ciencias sociales contribuyen a generar espacios de análisis y crítica ante crisis sanitarias como la experimentada a nivel mundial con el Covid-19, un tipo de coronavirus que provocó el descontrol en las sociedades. En este sentido, el análisis

de lo social y emocional permite comprender que los individuos y las sociedades se movilizan tanto de manera negativa como positiva, en tal sentido, estos posicionamientos hacen que los sentimientos y emociones negativas de las personas incrementen y a su vez vuelvan más compleja la crisis sanitaria, al involucrar elementos sociales que, lejos de ayudar a calmar la angustia y tomar medidas que prevengan los contagios, se salen de control. Por otro lado, las movilizaciones positivas incluyen la solidaridad por ayudar al otro, profesionalmente como personalmente, además de sentimientos de empatía hacia quienes se han contagiado. Se desarrollan iniciativas desde instancias privadas y públicas como estrategias de afrontamiento para disminuir los malestares internos desarrollados en ámbitos personales, laborales, y emocionales.” (Núñez et. al., 2020:14).

En las primeras etapas de la pandemia, al inicio de la fase de contagios por COVID-19, el estudio de Pérez de Celis y Cavazos (2021) mostró el impacto de algunas variables psicológicas sobre la percepción del riesgo, y evidenciaron los factores causales que contribuyen a una percepción alta/baja del riesgo percibido de la pandemia de COVID-19. Es necesario que la población dimensione de manera adecuada el grado de vulnerabilidad y el potencial daño catastrófico que la enfermedad podría causarle, ya que las acciones preventivas están determinadas por la percepción de un riesgo altamente peligroso o contagioso. Si el contagio de COVID-19 se asocia a una leve infección o parecida a una gripe o resfriado común, las personas no perciben la gravedad de la enfermedad en su adecuada magnitud. Para impactar a la población que recibe la información y sobre la que se trata de construir la percepción del riesgo, los expertos recomiendan comunicar información fehaciente y clara de cómo se transmite el virus, las medidas básicas de higiene, los síntomas y las principales complicaciones que podría ocasionar en personas con comorbilidades y grupos de riesgo.

Es importante destacar que en México, la población de riesgo correspondiente a los adultos de la tercera edad, el riesgo de mortalidad por infecciones es 9.3 veces mayor. Asimismo en México, “...la población de 20 años o más, el 10.3% padece diabetes (8.6 millones de personas), 18.4% tienen hipertensión y el sobrepeso y la obesidad son de 75.2% (39.1% sobrepeso y 36.1% obesidad)...” (Pérez y Cavazos, 2021: 9)

El mismo estudio indica que, al inicio de la pandemia por COVID-19, aunque existe una percepción de riesgo formada en la mayoría de los encuestados, se tiende a subestimar la vulnerabilidad en relación con los demás y vinculado con un optimismo ilusorio. En ese momento, las autoras proponían reforzar la información respecto de los escenarios de contagio y caracterizar a los grupos de riesgos más vulnerables a sufrir un escenario catastrófico de muerte. Las recomendaciones se enfocaban en distintos aspectos de la comunicación y la formación de la percepción del riesgo, la gravedad de la enfermedad y su impacto en la salud, la economía y la vida social. También reconocían la necesidad de incrementar la confianza en las autoridades sanitarias y encargadas de comunicar y transmitir la información disponible (Pérez y Cavazos, 2021).

Actualmente, los riesgos locales y globales como una pandemia de COVID-19, representan peligros difíciles de controlar y calcular. Un asertivo análisis de la vulnerabilidad requiere generar conocimiento e información sobre la realidad local. La

concepción de sociedad del riesgo global se asocia con la falta de capacidad de las normas e instituciones gubernamentales para garantizar la seguridad y condiciones de resiliencia para su población. Esta "...sociedad del riesgo global, se enmarca en la pérdida de la dualidad cultura-naturaleza, presente en la época moderna, la naturaleza y la cultura se industrializaron y por ende la frontera se desdibujó, así entonces, los riesgos afectan tanto a personas, plantas y animales" (Rojas y Martínez, 2011: 103).

Conocer en profundidad las características de un determinado riesgo o amenaza -duración, frecuencia, magnitud e intensidad- y la percepción del riesgo de la población sobre dicha amenaza, permitirá analizar las respuestas de esa población y evaluar sus vulnerabilidades, generando una acción dialéctica entre lo individual y lo social. El discurso del riesgo sólo es posible cuando la confianza en la seguridad termina; la percepción de riesgo determina el pensamiento y la acción de la comunidad para enfrentar los peligros, y está constituida por la percepción cultural que es necesario formar con anterioridad en la comunidad amenazada (Rojas y Martínez, 2011).

Mientras la población de Michoacán transita por la quinta ola de contagios por COVID-19, es posible apreciar que la previsión de las autoridades sanitarias brilla por su ausencia y la poca percepción del riesgo que la población había formado al inicio de los contagios se diluye con el regreso a las actividades presenciales. Transcurridos dos años de pandemia por COVID-19, muchas de las medidas que resultaron muy útiles al principio de la contingencia fueron desechadas como cubrebocas desechables. La sana distancia, evitar aglomeraciones, la adecuada ventilación de espacios cerrados, mantenerse saludable física y mentalmente fueron recomendaciones que fueron ampliamente aceptadas durante la primera etapa de la pandemia, ahora parecen distantes y exageradas. La persistencia de los síntomas de COVID-19 largo y las comorbilidades afectan a las personas ancianas y a los grupos vulnerables, son razones suficientes para reforzar la percepción del riesgo en la población y emprender estrategias con acciones concertadas para la previsión y mitigación de riesgos catastróficos en la salud de los michoacanos.

Considerar que las variantes del virus de COVID-19 se asemejan a una gripe o resfriado común contribuye a las acciones irresponsables e irreflexivas, respecto de los cuidados y prevenciones que deben ser asumidas en todos los ámbitos de la sociedad. La comunicación asertiva y la información responsable desde los medios masivos pueden contribuir a incorporar los elementos que construyan una percepción del riesgo constante, que lleve a los ciudadanos a actuar sin miedo, sin estresarse ante la incertidumbre, pero asumiendo actitudes adecuadas para cuidar de sí mismo y de su familia.

Conclusión

En el contexto michoacano, urge vincular e incrementar los procesos de generación de conocimiento, información certera, aprendizaje social y acción colectiva, orientados a la construcción de capacidades adaptativas integrales y percepción de riesgo adecuada a las amenazas de salud que se ciernen sobre la población.

Sin detener la actividad productiva ni educativa en los distintos centros urbanos michoacanos, es importante desarrollar estrategias que brinden herramientas para dar respuesta a situaciones adversas, y formar las capacidades socioemocionales que alejen a

la población más vulnerable de respuestas de estrés, paranoia social y miedos infundados o irracionales.

Desde las organizaciones gubernamentales y autoridades sanitarias, se requieren acciones concertadas que promuevan la participación proactiva de ciudadanos en talleres, encuentros, campañas, mesas de trabajo y eventos culturales masivos, que formen referentes para el autocuidado, la percepción del riesgo y las capacidades emocionales ante la incertidumbre.

El cambio climático no augura mejores escenarios para superar la pandemia, sino que se prevén aumentos de temperaturas ambientales ligadas al crecimiento de enfermedades infecciosas y una explosión de padecimientos y vulnerabilidades en grupos sociales cada vez más amplios. Los costos monetarios de una pandemia ya no se miden por los gastos hospitalarios, sino en los aumentos exponenciales del desempleo, la marginación y la falta de productividad en la industria local. Una población enferma es incapaz de producir y cuesta mucho dinero a los ciudadanos y al aparato gubernamental. El futuro de la humanidad depende de acciones urgentes y coordinadas en las distintas jerarquías y dimensiones del sistema político, económico y social, a nivel global, regional, nacional y local.

Referencias

- Baikie, Cannon, David y Wisner** (1996) *Vulnerabilidad*. Ed. La Red. Red de Estudios Sociales
- Baquerin de Riccitelli, M. y Scaricabarrozzi, R.** (2013) *Una aproximación al concepto de la percepción de riesgo. La participación de los medios de comunicación* [en línea]. *Ecos de la Comunicación*, 6(6). Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/aproximacion-concepto-percepcion-riesgo.pdf>
- Castillo, N.** (2022) *Ómicron, la cuarta ola del coronavirus en México*. Ciencia UNAM-DGDC.
- Chávez López, S.** (2018) *El Concepto de Riesgo*. *Recursos Naturales y Sociedad* 4 (1): 32-52. <https://doi.org/10.18846/renaysoc.2018.04.04.01.0003>
- Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología CONACYT** (2020) Centro de información sobre COVID en México. <https://datos.covid-19.conacyt.mx/>
- Hsu, A.** (2022) *Millions of Americans have long COVID. Many of them are no longer working*. Weekend Edition Sunday. NPR. <https://www.npr.org/2022/07/31/1114375163/long-covid-longhaulers-disability-labor-ada>
- Núñez Udave, L. F., Castro Saucedo, L. K., Tapia García, E. J., Bruno, F., & de León Alvarado, C. A.** (2020). *Percepción social del Covid-19 desde el malestar emocional y las competencias socioemocionales en mexicanos*. *Acta Universitaria* 30, e2879. doi. <http://doi.org/10.15174.au.2020.2879>
- Pérez de Celis-Herrero, M. y Cavazos Arroyo, J.** (2021) *Percepción del riesgo de COVID-19 y medidas preventivas en México*. *Revista Médica del Instituto Mexicano del Seguro Social* 59 (5), 377-386.

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2020) *La próxima frontera. El desarrollo humano y el Antropoceno*. Informe sobre Desarrollo Humano. ONU Plaza; Nueva York: 456 pp.
https://hdr.undp.org/sites/default/files/hdr_2020_overview_spanish.pdf

Rojas Vilches, O. y Martínez Reyes, C. (2001) *Riesgos naturales: evolución y modelos conceptuales*. Revista Universitaria de Geografía 20. Universidad Nacional del Sur; Bahía Blanca, pp. pp. 83-116.

Secretaría de Salud del estado de Michoacán de Ocampo (2022) *Informes sobre COVID-19*. <https://covid19.srs.care/#/michoacan>

Stanojlovic, M. (2015) *Percepción social de riesgo: una mirada general y aplicación a la comunicación de salud*. Revista de Comunicación y Salud 5: 96-107